

Glosario

A

Apochocado: *neologismo* —por «pochoclo», maíz cocido—, granuloso.

B

Babieca: bobo, tonto.

Banda Oriental: Uruguay.

Belgrano y Echeverría: luchadores por la independencia.

Bolo: fragmento de texto en una representación dramática.

Bombachas: bragas.

Bondi: autocar, bus.

C

Cagazo: miedo.

Canas: policías.

Canchereando: improvisando, pasándose de listo.

Canyengue: (lunfardo) tanguero, auténtico.

Cebar (mate): echar agua caliente en la yerba mate.

Cirujas: cartoneros, botelleros, eligen de entre la basura lo que pueden vender.

Cojer: follar, hacer el amor.

Con facha de: con cara de.

Conchabo: empleo, trabajo.

Cormillot: médico muy popular en Argentina por su especialidad en dietas y regímenes para adelgazar.

Ch

Chacabuco: viejo, destartado, en malas condiciones físicas.

Changüí: ventajas, oportunidades.

Chorros: ladrones.

D

Dándonos manija: alentándonos.

De apoliyo: durmiendo, dormido.

Deschavar: revelar, descubrir.

E

El lluvioso 25 de mayo de 1810: alude a la fecha en que se reunió la población frente al Cabildo de Buenos Aires, y que la historia cita como comienzo del proceso de emancipación del Virreinato del Río de la Plata.

El sesenta: bus urbano muy popular en Buenos Aires.

Enchastrado: sucio.

Enchastre: suciedad, mugre.

Estar del tomate: estar loco.

Estúpido, imberbe: referencia a los calificativos usados por Perón cuando, poco antes de morir, expulsó a los Montoneros de la Plaza de Mayo, en 1974.

F

Floresta o Ciudadela: estaciones que siguen a Flores, en la misma línea de ferrocarril de cercanías de Buenos Aires.

G

Gato: *cricket*, herramienta para cambiar una rueda.

Giles: ingenuos, tontos.

Gurises: chicos, adolescentes.

Gurrumín: pequeñito.

H

Hacerse la rata: faltar a la escuela sin que los padres del alumno lo adviertan.

J

Jangadas: barcazas de río que transportan madera, troncos atados y echados al agua.

L

La pollito: la tarántula.

Laburo: trabajo, curro.

Los ojos virola: bizco.

Lungo: alto y delgado.

M

Malandras: estafadores, delincuentes.

Minas: mujeres.

Morcilleo: (en el teatro) reemplazar el texto por palabras al azar, improvisar.

Municipalidad (o **municipio**): ayuntamiento.

N

Norma Kennedy: conocida militante política de la ultra derecha peronista.

P

Pagos: comarcas, tierras.

Palos verdes: millones de dólares.

Piantada: loca.

Piolas: listos, astutos.

Prender (un cigarrillo): encenderlo.

Pulman: grada superior de los viejos cines de barrio, preferida por los chavales de la época.

Purreteada: chavales, adolescencia.

Q

Quilmes: marca muy conocida, equivalente a cerveza.

Quilombo: follón, desbarajuste.

R

Rastrojero: vehículo utilitario, de trabajo.

Ricciardi: joyería muy antigua

Rouge: carmín, lápiz de labios.

S

Sarmiento: pionero de la educación pública durante el siglo XIX.

Se piantó: se escapó.

Sinagoga radical: mención despectiva de la derecha fascista al gobierno de Raúl Alfonsín, que promovió el juicio en el que se condenó a la Junta Militar dictatorial.

T

Tomarmelás: *argentinismo*: irme.

Triple A: Alianza Anticomunista Argentina, organización terrorista de ultraderecha que actuó durante el gobierno peronista 1973-1976.

U

Un cacho: un poco.

Ursos: gigantes.

PRIMERA PARTE

1

Nadie me esperaba en Villa Las Palmas.

Todavía era noche cerrada cuando el Rápido del Sur entró en el pueblo y se detuvo a un costado de la terminal, clavando los frenos como un carro de asalto que reventara de canas* con hambre atrasada de aplastar cabezas de obreros y estudiantes. Pero apenas si bajó un pasajero. Y con desgano digno de un adolescente posmoderno, el chofer del ómnibus bajó detrás para rescatar su equipaje de la bodega.

—Nunca paro en este pueblo; casi sigo de largo —dijo a modo de disculpa, los ojos pegoteados por el sueño que debía despuntar en cada viaje por las rectas interminables de la pampa.

—Suerte que yo no me dormí —repliqué sin asomo de ironía.

El tipo soltó un gruñido, montó a su larga distancia y arrancó con la misma vehemencia con la que había frenado. El pasajero del último asiento debió darse un cabezazo contra el vidrio de la ventanilla, porque se despertó y me miró sobresaltado y con lástima, probablemente sin entender para qué alguien se bajaba en un lugar como ése en plena madrugada.

Miré a mi alrededor.

La terminal, con sus luces fluorescentes y el bar cerrado. Nadie en la polvorienta plataforma llena de cascarudos ni en la

* Consúltese glosario al inicio de la obra (*N. del E.*)

calle que al mismo tiempo era la ruta. La única animación corría por cuenta de los insectos y de un semáforo que pasaba cada medio minuto del verde al amarillo y se adormecía en el rojo, como si por la calle lateral estuviese cruzando el cortejo completo de la reina Margarita. Casas chatas de persianas bajas y la boca negra del campo a un extremo y otro de la ruta por donde pronto se perdieron las lucecitas rojas del ómnibus. Desolación pura.

—Carajo que te habías elegido el lugar para venir a vivir —le dije en voz alta al Cabezón.

Me habría gustado cuestionarle su elección una vez más. Siempre critiqué sus decisiones sin que él pidiera nunca mi opinión. *Habla el brujo de la tribu, el que nunca se equivoca, decía burlándose, por eso te casaste con una bruja que sólo te dejó deudas y una hija que no reconoce a su padre. Pero no soy científico, decía yo para defender mis endeblés posiciones, no tengo un superbocho como el tuyo, a gatas terminé el bachillerato. Y lo terminaste porque tu viejo fue a hablar con la de latín para que te dejara aprobar esa maldita materia que arrastrabas como a una venérea. Creo que la sobornó.*

Cuando se reía parecía que lo estaban hachando, temblaba como un árbol a punto de venirse abajo, lo sacudían las carcajadas a Miguel Ángel Flores el Cabezón, sobrenombre que no era precisamente una metáfora. Tenía el enorme bocho lleno de fórmulas y de postulados que se había propuesto demostrar uno por uno. *Hasta el Nobel no paro, decía medio en joda y medio en serio, vengo de una familia de octogenarios, así que tengo tiempo, voy a sobrevivirlos a todos ustedes, manga de atorrantes,* y nos señalaba a la docena de amigos, ex alumnos del nacional de Villa Urquiza que nos habíamos seguido viendo de vez en cuando, dándonos manija con que éramos un grupo de elegidos. *Cuando llegue otro diluvio universal y cons-*

truyan un arca los van a subir a ustedes, animales en extinción, decía el Cabezón muerto de risa.

—Pero venir a palmar en Villa Las Palmas —dije la noche de mi llegada como si Flores pudiera escucharme, y me quedé sentado en uno de los bancos de la terminal hasta que, con el amanecer, apareció un taxi.

—A un hotel —le indiqué al conductor, que se tomó el tiempo de un bostezo para preguntarme si a cualquiera.

Dije que sí con la cabeza.

—Sólo hay uno —aclaró recién el tipo, no sé si por tomarme el pelo o porque sus neuronas seguían de apoliyo.

—Entonces vamos a ése.

2

Miguel Ángel Flores, nacido en Flores. Por no darte su apellido, tu viejo te encajó el nombre del barrio donde naciste, lo cargábamos al Cabezón en la secundaria, y lo llamábamos Floresta o Ciudadela, nombres de estaciones del ferrocarril, para hacerlo cabrear.

Te pido por favor, negrito, me dijo Viviana desde Santiago de Chile. Yo no puedo volver ahora, en dos días tengo que volar a Estocolmo y tal vez me quede allí por tres meses. El abogado tiene mi autorización ante notario y todos los demás papeles; no te va a llevar más que unas horas. Y la molestia del viaje, claro, no hay aeropuertos ni trenes que te acerquen, tenés que ir en ómnibus.

Viviana era hermosa, inteligente y diez años menor. El Cabezón había tenido suerte con las minas. Con su cara de gil y sus fórmulas las enganchaba. Cuestión de que le dieran bola al principio: después, hacerse querer ya no era ningún trabajo para Floresta o Ciudadela.

Que su cuerpo descanse en Buenos Aires, en el cementerio de Flores si es posible, para que por lo menos su madre lo tenga cerca. La pobre está muy vieja para andar trasladándose a ese pueblo perdido.

Me instalé en el hotel, después de pagar el día por adelantado. El dueño me preguntó tres veces a qué venía, cuál era mi ocupación.

—Jubilado —le respondí a su tercer intento. Me miró con desconfianza.

—¿De qué?

—Municipal.

—Cobra una miseria, seguro.

—Tengo otros rebusques. —Traté de cerrar el interrogatorio, con una sonrisa forzada.

—Aquí los empleados municipales son todos una manga de vagos. No trabajan y el contribuyente paga impuestos altísimos para mantenerlos.

—En Buenos Aires es más o menos lo mismo pero pasamos desapercibidos porque somos muchos.

—Hablando de pagar, el día se abona por adelantado.

El hotel no era un cinco estrellas; la habitación tenía baño y dos horas de agua caliente por día, según me indicó el hijo del dueño, que además era el botones.

—No se permite el uso de artefactos eléctricos y se ruega silencio en las horas de descanso —recitó el pibe, quince años a lo sumo, petisito gordinflón, la cara llena de granos purulentos—. Tampoco se aceptan propinas —añadió mientras se embolsaba un billete de cinco pesos, el más chico que yo tenía esa mañana—. ¿Se va a quedar mucho tiempo? —preguntó todavía con descaro.

—El que haga falta —dije y casi le estampo la puerta en la nariz.

La habitación daba a un tragaluz. Mezclado con el olor a frituras a la hora del desayuno, subía ruido a carga de botellas, golpes y fragmentos de diálogos en los que la palabra boludo encajaba como un comodín cada dos o tres vocablos de turbio castellano. El hotel se llamaba «La Nueva Provincia», pero decidí rebautizarlo Alcatraz, por lo tenebroso de sus instalaciones y la mala leche de sus guardiacárceles.

Me dije que si apuraba los trámites tal vez podría pegar la vuelta esa misma noche. El ómnibus que me había traído pasaba de regreso a Buenos Aires a eso de las once de la noche. Si todo iba bien, no me vería obligado a dormir en aquella pocilga.

Me di una ducha con agua fría —la caliente fluía sólo entre las siete de la tarde y las nueve—, me afeité y, en un acto netamente antirreglamentario, repasé una camisa con una planchita de viaje que enchufé en la toma del velador. Me otorgué un complaciente aprobado frente al espejo y salí a cumplir con el encargo de Viviana.

Serían las nueve de la mañana y sin embargo el pueblo ofrecía casi el mismo aspecto desolado que a la madrugada. *Los negocios recién están abriendo, pero la municipalidad atiende desde las siete*, me había informado el dueño del hotel, más intrigado que antes por el motivo de mi visita.

—¿Atiende todo el día? —pregunté con porteña ingenuidad.

—Hasta las doce. Cinco horas son suficientes para rascarse a cuatro manos y encima cobrar un sueldo —dijo el hombre, a quien por lo visto le obsesionaba el tema de la burocracia comunal.

Caminé las cuatro cuerdas en línea recta que me había indicado y doblé dos a la derecha. Allí descubrí que Villa Las Palmas tenía una bonita plaza, cuidada como un jardín, a la que daban la iglesia, una recova con negocios y un edificio que parecía la réplica en miniatura de los cabildos españoles. Pensé que era una buena idea haber instalado en él las oficinas municipales, aunque pronto me desengañé: los burócratas habían mandado a construir un edificio de dos pisos, de líneas rectas y grandes cristales —al que los lugareños llamaban con sorna «la *petit* Manhattan»— que ocupaba casi toda la cuadra de una de

las calles que rodeaban la plaza. Mientras entraba en aquel mamotreto empecé a comprender la bronca del hotelero.

El edificio presumía de muy moderno, pero las computadoras no funcionaban porque había corte de luz hasta el mediodía.

—Están instalando una línea de alta tensión —me explicó una empleada cincuentona, sin dejar de mordisquear su medialuna.

Le expliqué que había viajado quinientos kilómetros desde Buenos Aires para tramitar la exhumación de un cuerpo y trasladarlo.

—Hoy va a ser imposible.

—¿Por qué «imposible»?

Se mandó al buche lo que le quedaba de su *croissant* y reclamó un mate a su compañera, con la seca precisión con que un cirujano pide su instrumental a un asistente.

—No tenemos luz. Y con el corte se nos cayó el sistema. Hasta que no venga el técnico, imposible.

Habían construido un mostrador del ancho suficiente para desalentar en los contribuyentes la tentación de acercar sus manos al cuello de los empleados y estrangularlos. Apelé a la escamosa sensibilidad de la señorita cincuentona.

—Tengo que volver esta misma noche a Buenos Aires... Pensaba resolver este trámite hoy mismo.

—Exhumar un cuerpo es algo más que un trámite, señor. —Se envaró la mujer—. ¿De quién se trata, si puede saberse?

—Quiero hablar con el intendente.

—El señor intendente viajó a la capital.

—Nos cruzamos, entonces. Podría haberme ahorrado el viaje.

—Lo lamento, señor —se ablandó la empleada, temiendo quizá que yo fuera amigo del dichoso intendente—. A los cor-

tes de luz los programa la cooperativa de servicios, no la municipalidad.

—Deben tener un registro, un archivo que no dependa de la informática —conjeturé sin esperanzas.

—No podemos dar de baja a nadie sin ingresar esa baja en nuestro banco de datos.

Di media vuelta y salí de la oficina sin saludar. Escuché a mis espaldas que la empleada le decía a otra *qué modales, el porteñito* y me dije que no estaba actuando con inteligencia. Resonó en mí la voz de Viviana: *Haceme ese favor, Negro. No quiero que el Cabezón se pudra en ese pueblo*. Me pregunté recién entonces si no habría otro motivo para desenterrar los huesos de Flores, además de la legítima pretensión de su madre de ir a llorarlo a un cementerio que le quedara cerca.

Hasta el día de mi llegada a Villa Las Palmas nunca me había interrogado sobre la muerte de mi amigo: por qué un tipo que nunca tuvo auto, que aborrecía la velocidad, se sube a uno y de buenas a primeras se lanza a ciento cincuenta para estrellarse a las dos de la mañana contra un camión de hacienda, bajo un aguacero que impide ver más allá del parabrisas.

Pero Viviana ya estaría viajando hacia Estocolmo y yo me había comprometido a ocuparme de aquel trámite que no era un trámite y que prometía ser más engorroso de lo imaginado. Llevé a mi furia a pasear por el pueblo y caminé hasta que el semáforo que me había entretenido en la madrugada volvió a activarse, sólo para indicarme el regreso de la energía eléctrica. Eran las doce menos diez.

A las doce menos un minuto entré, jadeante, en la *petit* Manhattan. La respuesta de la señorita solterona estaba cantada.

—Ya cerramos los archivos —dijo, muy suelta.

—Entonces permítame el teléfono, tengo que hacer un llamado a la gobernación.

La intimidación no debió haber sonado muy convincente, porque me miró con suficiencia y descubrió que no se había recortado el padastro de las uñas, tarea a la que se abocó con entusiasmo hasta consumir el minuto faltante.

—Sólo quiero dejar iniciado el expediente —contemporicé.

Se sopló las uñas y sin mirarme, dijo:

—A ver...

Como un condenado que obtiene el indulto presidencial segundos antes de su ejecución, saqué los papeles del portafolios con el que me había paseado durante la mañana por todo el pueblo.

—¿Qué viene a ser usted del difunto? —preguntó mientras revisaba aparatosamente la hojarasca.

—Amigo —respondí, culpable de no haber sido por lo menos hermano del pobre Cabezón.

—Ésta es una gestión personal.

—Lamento que Miguel Ángel Flores no pueda hacerlo personalmente.

Me volvía a hervir la sangre. Sin embargo, la señorita solterona no tomó a mal mi sarcasmo; lo interpretó como a una buena broma y por primera vez sus labios cargados de apuesto *rouge* se abrieron para dejar asomar una sonrisa de prótesis de obra social.

—Así que amigo de Miguel Ángel —dijo, con una familiaridad que me produjo una rara sensación de vértigo—. Pobre, qué mala suerte tuvo, tan jovencito.

Con cincuenta y dos años, y pelado, nadie entra con tanta facilidad en la categoría de jovencito. Claro que la simpatía del Cabezón obraba milagros que ni un peluquín podría remedar. Mi pregunta fue inevitablemente obvia.

—¿Lo conoció?

La otra empleada, que ya se había quitado el guardapolvos para irse a casa, se acercó al mostrador y decidió que había llegado el momento del diálogo a tres voces.

—¿Quién no conoció en Villa Las Palmas a Miguel Ángel? —dijo suspirando—. Lástima su mujer..

Miró a la compañera, que seguía revisando papeles.

—Se llama Viviana —intervine, para que no me olvidaran—. Está en el exterior, ahora, y me pidió que me encargara del traslado.

—Lo celaba día y noche, esa Viviana, y al final lo abandonó —dijo la segunda empleada, más joven y empolvada que la primera—. Como si en este pueblo fuéramos todas unas locas.

La empleada que me había atendido le echó una mirada lapidaria y le recordó que era hora de irse. La otra hizo un buche con las palabras que se le habían quedado atragantadas, pero no pudo contenerse demasiado porque las escupió antes de desaparecer por una puerita lateral:

—La única loca en este pueblo es Corine; no hay derecho a que nos juzguen a todas con la misma vara.

La pelota había quedado picando y nunca pude resistir la tentación de sumarme al juego cuando eso sucede. Pregunté a la señorita solterona quién era Corine. Me respondió diciendo que faltaba la certificación del pedido de ingreso al cementerio de Chacarita.

—No van a llevarlo a Chacarita sino al cementerio de Flores.

—Da lo mismo —dijo, nuevamente implacable—. Falta la certificación.

—Puedo conseguirla —dije, recuperando mi estado nervioso—, pero quiero dejar iniciado el trámite.

—Difícil, sin la certificación.

—Quiero hablar con el intendente.

—Le dije que el señor intendente está en la capital y no vuelve por un tiempo.

—Deme su teléfono en Buenos Aires.

—No está en Buenos Aires, está en La Plata. La capital de la provincia es La Plata —dijo la señorita solterona con tono docente—. Además, ¿por qué tanta urgencia en llevar a un muerto de un cementerio a otro?

Calculé que si saltaba sobre el mostrador vencería aquella deliberada barrera edilicia, llegaría con el mismo impulso hasta su cuello empavesado y disfrutaría del crujido de los huesos de su tráquea entre mis dedos. Apelé a mi humor macabro para relajarme.

—La urgencia no es del muerto, que por casualidad era uno de mis mejores amigos. El apuro es de quienes me hicieron el encargo.

Por primera vez me dedicó una mirada piadosa. Cerró la carpeta, la guardó en uno de los atiborrados estantes y me entregó una papeleta sellada y autografiada por ella misma.

—La certificación que falta es un requisito indispensable —me explicó con su recién estrenada dulzura—. No podemos desenterrar un cuerpo para después tenerlo dando vueltas por ahí.

No sé si su explicación empezó a parecerme lógica o me había picado la avispa de la resignación.

—Supongo que tendré que volver nomás a Buenos Aires.

—Tal vez si habla con Domínguez...

—¿Quién es Domínguez?

—Antonio Domínguez, secretario de gobierno de la municipalidad —enunció, engolando la voz—. Podría verlo hoy mismo, y mañana tener solucionado el trámite.

—¿Sin la certificación?

Me empezaba a ganar una peligrosa credulidad en la vali-

dez de los pasos de elefante que da la burocracia. Por un momento me imaginé del otro lado del mostrador, atendiendo a un pesado que intenta desenterrar un fiambre y llevárselo a otra ciudad, todo en el mismo día y con corte de luz, y me solidaricé con la sinuosa conducta de la señorita solterona.

—Creo que Domínguez podría arreglarlo —dijo acomodándose el corpiño—. Tal vez, con un pase provisorio.